

Prólogo

Mi padre, Vidal Valle Ortí, me enseñó la Albufera hace más de cuarenta años. Él era un enamorado del lago y de las aves que viven y crían en él. Siempre me contaba cómo salía con Vicente Pastilla en 1964 a anillar garzas y charrancitos en la mata de la Barra y luego de niños nos traía al lago muchas veces a salir en su barca a dar un paseo. Creo que fue en esa época cuando la Albufera me enganchó de verdad.

Con el paso de los años no he parado de volver a visitarla, ya fuera como fotógrafo o como un simple visitante. Hay costumbres que todavía hoy me tienen enganchado, como la procesión del Cristo de la Salud en El Palmar, la vela latina o cualquier actividad relacionada con la pesca en el lago. Salir a pescar con los propios pescadores es una experiencia maravillosa pero creo que salir en la barca a pasear solo, o con mi mujer y mis hijas, ya sea por la mañana o al atardecer, sigue siendo uno de esos placeres de la vida a los que no estoy dispuesto a renunciar a ningún precio. He podido darme cuenta saliendo en la barca que cada paseo me enseña algo nuevo, algún rincón que no conocía, algún encuentro con una bandada de patos, de flamencos o de martinetes que no había visto aún o una puesta de sol diferente a todas las que había visto hasta ese momento.

Muchos años después tuve la oportunidad de comprar un campo de arroz y una casa en la orilla norte del Parque y vivir de una forma mucho más intensa la vida en el lago. Me siento un privilegiado por salir en barca casi a diario y he podido conocer en profundidad a la gente que habitan en la Albufera, que la disfrutan o que la trabajan, y me he dado cuenta que es una gran desconocida para la gente, no

solo de la ciudad de Valencia sino que lo es también para la mayor parte de la gente que habita en los pueblos que la rodean.

Ese es, precisamente, el objetivo principal de este trabajo: conseguir revertir esa situación, que la Albufera, que el Parque Natural y todo lo que en él se encuentra, se conozca y que ese desconocimiento no se siga produciendo. Podría ser pretencioso asumir que voy a ser yo, con este trabajo, quien le descubra a nadie la Albufera pero, más allá de ese sentimiento, sí que creo que todo lo que se haga en esa dirección es positivo, por poco que se haga debe ser un buen objetivo y conseguirlo debe ser la meta. Estoy seguro de que mucha gente no se ha interesado por todo lo que tiene que ver con el lago hasta ahora por el gran desconocimiento de lo que se puede encontrar allí.

El objetivo principal de este trabajo es la divulgación de los valores humanos, culturales y sociales de todo el entorno geográfico que abarca el Parque Natural y la zona de influencia del lago de la Albufera. De cualquier forma, por medio de cualquier actividad y en cualquier vertiente en la que se puedan mostrar esos valores propios que lo definen como un lugar diferente, dicho todo esto en el sentido más amplio de la palabra que me puedo imaginar. Por ello, las entrevistas han sido grabadas en video en valenciano, en la lengua propia de cada uno de los entrevistados, con la clara intención de huir de toda problemática política sobre la lengua.

El valenciano que aparece en este libro, sea de la naturaleza que sea, y tenga la denominación que cada uno quiera darle, es el valenciano

que se habla en la Albufera, el que lleva siglos hablándose, más o menos *apichat* y más o menos académico, pero es el que en esencia se habla, con más o menos errores y con las incorrecciones que le ha dado el uso localizado a lo largo de todos estos años. Es el valenciano que hablo yo, el que tuve la oportunidad de aprender a lo largo de mi vida con los pescadores de El Palmar, el que me enseñó mi amigo Vicente, no porque él quiera ser más riguroso y más correcto que nadie sino por que es el valenciano que hablaban sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos.

Por eso, y solo por eso, es por lo que tiene tanto valor para mi y para este trabajo, por ser nuestra lengua, la que se habla en Valencia, Sueca, Catarroja, Silla o El Palmar, por ser tan propia y tan especial para todos nosotros pero, por encima de todo, por ser la lengua que siempre han hablado Vicente *“Pastilla”*, Jaume *“el Gato”*, Jaume *“el Pero”*, Andrés Sales, Sebastián Bou, Salva Raga *“Llapisera”*, Pepe *“el Gelero”* y todos a los que he entrevistado en este libro, que son la base de todo aquello que somos como pueblo. Todo lo demás son discusiones políticas que no nos llevan a ningún sitio.

Me gustaría mostrar la calidad humana de la gente que habita en el lago y en toda su zona de influencia. Me han contado infinidad de cosas que nunca habría imaginado. He podido ver cómo la vida que han llevado todos ellos ha sido muy diferente a la que tenemos nosotros actualmente, incluso muy diferente a la que tienen ellos en estos momentos.

En muchas de las entrevistas, he podido constatar un sentimiento muy profundo de conformarse, basado en los recuerdos que tienen de la época de su infancia. Eran felices con lo que tenían por que no aspiraban a muchas cosas más, vivían en una realidad en la que no había lugar para las desilusiones ya que no se habían generado expectativas, habían aceptado las limitaciones que tenían en sus respectivas vidas, no pensaban nunca en lo que no tenían y eso les permitía disfrutar mucho más de todo lo que en verdad sí formaba parte de su día a día. Este sentimiento y esta visión de la vida es una de las que más ha cambiado y que más ha evolucionado en estos años.

El cambio que hemos tenido como sociedad en los últimos cuarenta y cinco años es mucho más notable y mucho más visible en un modo de vida rural como éste, basado en la agricultura y en la pesca. Este cultivo ha pasado en estos años de ser un trabajo realizado de forma manual, empleando a muchas personas y con un esfuerzo físico enorme, a ser un cultivo basado en la maquinaria y en los productos fitosanitarios. Ha pasado de ser un cultivo de subsistencia para mucha gente basado en el minifundismo a un tipo de agricultura subvencionada que ve peligrar su futuro por la enorme competencia que llega desde otros países que tienen menores costes de producción.

Creo de una forma firme, y el cultivo del arroz es un buen ejemplo de lo que ha sucedido, que nuestra sociedad ha progresado más a todos los niveles en los últimos cuarenta años que en los dos o tres siglos anteriores. En muchos momentos, ese crecimiento y la velocidad con la que se ha producido no nos está permitiendo ver la rapidez de lo que está sucediendo y la forma en la que lo está haciendo. Para la gente de mi generación, que nacimos en las décadas de los sesenta y setenta, los cambios son algo normal, pero no podemos obviar que se han producido.

Hemos pasado de grabar cintas de cassette en las famosas dobles pletinas a ver nacer y morir el video en cualquiera de sus formatos. Hemos empezado a jugar con los antiguos Atari, que no eran más que un proyecto de ordenador, a crecer con los primeros procesadores de Intel, los 286 o los 386, que apenas tenían 640 kb de memoria, y desde esa realidad hemos pasado a almacenar nuestras fotos en la nube, o en discos de 3 o 4 terabytes, aunque no seamos capaces de saber qué es o dónde está esa nube.

Casi se nos ha olvidado que existían discos de vinilo o carretes de película fotográfica. Si nos paramos a pensar en esas cosas nos suenan a historias del siglo pasado, nunca mejor dicho, pero que casi no pertenecen ya a nuestras vidas. Y entonces llegó internet, la comunicación global, el acceso a todo y a todos desde nuestra propia casa sin necesidad de salir de ella. Llegaron las redes sociales, los teléfonos móviles y los mensajes de texto.

El cambio que hemos sufrido como sociedad es brutal y debemos darnos cuenta de ello para poder ponerlo en valor, para ser conscientes de lo que somos y de dónde venimos. Para ello debemos conocer cómo era la vida para las personas que vivían antes que nosotros, la dureza de su día a día, el trabajar 350 días al año y el vivir siempre en una economía de subsistencia y de gestión salvaje de los recursos propios, entendiendo estos a todos los niveles.

He podido a lo largo de este trabajo, entrevistar a personas que siguen llevando la gestión de sus ochenta o noventa hanegadas de arroz, realizando la mayor parte de las labores del campo con más de ochenta años. Eso sería impensable para personas de nuestra generación. Para trabajar así hay que haber pasado muchas penas y muchas necesidades, hay que haber aprendido que el trabajo es lo que te proporciona todo aquello que tenemos y no sé si en nuestros días somos capaces de entenderlo así.

He hablado con personas que han pasado más de sesenta y cinco años viviendo en un motor cerca de la orilla del lago y en el que no han tenido nunca ni un baño donde poder hacer sus necesidades, en el estricto sentido de la palabra. Y aún así han sido felices viviendo allí.

El cultivo del arroz es uno de los ejemplos más claros de lo que quiero decir aunque este se valore exclusivamente en función de la media de edad de las personas que trabajan en él en estos momentos. Estoy seguro de que ese dato nos sorprendería. Una reunión de agricultores en cualquier pueblo que rodea la Albufera supera los sesenta y cinco años de media de los asistentes.

No he podido dejar pasar la oportunidad de hablar de una serie de temas, que en este trabajo aparecen como capítulos especiales. Temas que yo mismo no conocía en profundidad, que no existen para muchas personas de nuestro entorno y que cuando algunas de ellas ya no estén con nosotros para contárnoslo, no quedará constancia de lo que sucedió, de cómo sucedió y de que cuales eran las razones por las que se produjeron. Hay historias y hechos que han estado ocurriendo

durante muchos años en la Albufera que no pueden olvidarse. Debemos conocer que era el *Ravatjol*, que es la procesión del Cristo de la Salud de El Palmar o el origen de El Saler y de sus salinas. Debemos saber que hasta hace apenas unos años, en la primera década de este mismo siglo XXI, las mujeres de Catarroja todavía vendían pescado por las calles del pueblo y de la misma forma no podemos desconocer qué eran y qué son los *ullals* o los manantiales por los que durante siglos llegaba el agua limpia a la Albufera.

Para terminar, me he encontrado con una serie de palabras dichas en nuestra lengua que son típicas de la zona, del cultivo del arroz, de la pesca o de la vida cotidiana, aparte de los nombres que reciben en el entorno de la Albufera muchas de las aves que viven en ella.

Encontrar tantas palabras que no conocía ha sido emocionante, porque he podido constatar la profundidad y la importancia de nuestra cultura y, sobre todo de nuestra lengua valenciana, así como de todo aquello que se encuentra a nuestro alrededor y que está pasando dramáticamente desapercibido en nuestra sociedad. No quisiera que eso se perdiera de ninguna de las formas y me gustaría ayudar a mantenerlo, difundirlo y promoverlo, aunque lo que esté en mi mano y lo que pueda hacer sea poco, pero poco siempre debe ser mejor que no hacer nada o no prestarle la atención que de verdad creo que se merece.

Tenemos la enorme suerte de tener a solo unos kilómetros de la ciudad de Valencia dos lugares tan maravillosos como el lago de la Albufera y la Devesa de El Saler y tenemos la obligación de hacer todo lo que esté en nuestras manos por preservarlos para que todo lo que aparece en este libro no se pierda en el olvido. El conocimiento de nuestro entorno, la preocupación por su conservación y la divulgación de sus valores culturales son el camino para que algunas cosas vayan mejorando. Sin un conocimiento real de lo que supone todo el ecosistema del Parque Natural, el cultivo del arroz, la caza, la pesca y el impacto del turismo no podremos acometer algunos problemas importantes a los que nos vamos a tener que enfrentar en el corto plazo para trabajar en su conservación.

La calidad del agua del lago es un valor decisivo, absolutamente trascendental, y recuperarla en un grado aceptable debe ser siempre una prioridad. Pero para ello debemos asumir y entender qué ha pasado con el agua, donde ha acabado la enorme cantidad de caudales que llegaban al lago y que ahora ya no llegan. Debemos cuestionar a los responsables políticos y preguntarles qué ha sucedido con el agua.

Debemos entender, en un sentido global, que nuestra sociedad ha cambiado, que ha evolucionado en una dirección en la que el desarrollo urbanístico e industrial está, en muchas ocasiones, enfrentado al medioambiente y a la conservación de algunos de nuestros valores y recursos naturales. Esto es algo que hemos de tener claro, que tenemos que comprender y, sobre todo, que debemos asumir.

Hay que determinar qué es lo que queremos dejar para las generaciones futuras y cuales deben ser nuestras acciones en el presente para conseguirlo. Tenemos la enorme suerte de vivir en la orilla del mar Mediterráneo que nos proporciona un clima templado pero que no nos aporta toda el agua que necesitamos. Por lo tanto, debemos asumir una gestión rigurosa de ella ya que es un bien vital y escaso.

Hay que entender que si queremos mantener unos niveles mínimos de calidad en el agua de la Albufera tenemos que asumir unos costes económicos y determinadas actitudes que nos lleven a conseguirlo. Es, básicamente, un problema de concienciación a todos los niveles, no solo a nivel de los políticos sino al nivel de cada uno de nosotros, de los agricultores, de los cazadores, de las industrias que se encuentran en el radio de influencia del lago y de cualquiera que pueda afectar a su entorno. Somos unos privilegiados por poder disfrutar de un entorno así pero, a cambio de ese disfrute, tenemos la obligación de hacer nuestra parte y esta debe siempre empezar por pequeños esfuerzos, por no ensuciar, por conocer lo que es importante, cuales son los problemas que existen y cuales son las posibles soluciones.

El cultivo del arroz es una actividad primordial para todos los pueblos de la zona, incluso para la propia subsistencia del lago y de su ecosistema.

Yo soy de los que piensa, y he podido constatarlo en muchas de las entrevistas, que sin el arroz y su cultivo, el lago no podría subsistir y se colapsaría o se convertiría en una laguna en la que no viviría nada en ella. Sembrar y cultivar arroz es algo arraigado en nuestra cultura. Muchos pensamos que aunque no fuera muy rentable se seguiría produciendo y se seguiría cultivando, pero hay problemas relacionados con ese cultivo que más tarde o más temprano deberemos acometer como el minifundismo en el arroz que nos resta competitividad frente a otros productores más preparados, con menores costes de producción y que son capaces de gestionar el agua de una forma más eficiente.

Frente a otros países y otros lugares de España en los que ya existen grandes plantaciones encaminadas a reducir gastos, aquí en Valencia seguimos cultivando campos de muy escasa superficie posiblemente porque así ya lo hacían nuestros padres. Nuestro modelo de cultivo es personal, basado en el campo de cada propietario y lo que hace cada uno con él. Esto supone una enorme repercusión de gastos fijos que se distribuirían mejor en superficies más grandes. Somos reyes y emperadores de nuestros propios países aunque estos solo tengan tres o cuatro hanegadas. Así es difícil ser competitivos.

El empleo sistemático de productos fitosanitarios en el arroz tiene una repercusión indudable en todo el ecosistema del Parque. Su uso debe estar regulado y consensuado para que estos no sigan siendo un lastre para la calidad del agua del lago. La cantidad de agua que llega al lago define y definirá en los próximos años su futuro. El agua y su calidad es vital para la supervivencia de la Albufera y del Parque Natural. La Albufera es agua, éste es un bien escaso, y eso es algo que no podemos ni debemos olvidar.

Hay problemas ya enquistados como el de la quema de la paja que no pueden convertirse en una discusión perpetua. La realidad,

aunque queramos buscar otras razones, es que mientras la recogida de esa paja y su uso no genere algún tipo de beneficio que permita esa extracción los agricultores no lo van a poder hacer. La quema, aunque esta se produzca de forma periódica cada varios años, puede ser una solución llevadera pero enfrentada a la política y a la propia naturaleza de las ayudas que recibe el cultivo del arroz desde Europa.

Lo que es indudable es que la pudrición de esa paja en los *tancats* genera un mal mayor, la anoxia, entendiendo esta como la falta de oxígeno en el agua. Esta produce un problema mucho mayor que es la pudrición del agua y de toda la materia orgánica que todavía queda en los campos. Con ese proceso se genera metano y con él una degradación de la calidad del agua que provoca una importante mortandad de peces y un descenso de la biodiversidad de todo el ecosistema.

Como ejemplo de lo que supone el arroz para todos los habitantes del lago me gustaría contar una anécdota que sucedió una mañana de primavera, en pleno proceso de inundación de la marjal antes del sembrado del arroz. *Quant els homens amollan l'aigua per a després barretjar*; me encontré a uno de mis vecinos en el Tancat de Burriel. Que estaba descansando en la orilla de la carretera que va pegada a la acequia de Rabisancho y le dije, *ma que sou treballaors, ma que ni hi ha gent en la marjal ara, tots preparant els camps per a sembrar*, y me contestó, *i açó que no deixa un dur, imaginat si deixara diners*.

Existe, en todo el entorno de la Albufera, una gran cantidad de personas que cultivan pequeñas parcelas de tierra de marjal, que continúan sembrando arroz aunque no sea lo rentable que ellos mismos esperan, porque es una actividad que está implícita en una forma de vida. Cultivan arroz porque así se ha hecho siempre, porque ya lo hacían sus padres y sus abuelos y porque es algo que se debe hacer. La rentabilidad es algo que se presupone aunque luego no exista de una forma real más allá de lo que se recibe de las ayudas medioambientales.

Es fácil ver a muchas de estas personas, en la mayor parte de los campos de las marjales de Alfafar o Massanassa trabajando y dedicándole al campo gran cantidad de horas para no dejar de cultivar arroz cada año. Es algo implícito en sus vidas, es algo que tenemos que tener en cuenta y que no debemos olvidar. Cultivan arroz porque tienen que hacerlo, porque es lo que se debe hacer y no hay muchas más opciones que considerar.

La regulación de la caza como una actividad sostenible a todos los niveles debe ser una prioridad de las autoridades, pero se necesita una concienciación de todos aquellos que la desarrollan. La caza dentro de un parque natural es de por sí difícil de entender, pero si esta no está muy bien regulada y sus objetivos no están en la misma línea que los del propio Parque convierten su práctica en algo desquiciante.

Hay que conseguir una caza razonable, sostenible y que coexista con una serie de valores medioambientales y de preservación de la biodiversidad que deben ser inamovibles y que a esa condición de inamovibles hemos de llegar por un consenso global de todos. Pero creo que esa reflexión debe empezar por los propios cazadores que tienen que establecer las formas de regular su actividad de una forma que todo el mundo cumpla las normas que se establezcan. El corporativismo entre ellos debe terminar y son los cazadores los que deben erradicar aquellas conductas no permitidas que les perjudican a todos como colectivo.

Pero creo que lo que de verdad necesita la Albufera es un frente común, una posición consensuada, una sola dirección en la que remen todos los agentes que tienen y toman parte en la gestión del día a día. Me refiero a los ayuntamientos, la dirección del Parque Natural, las comunidades de pescadores, los clubes de cazadores, los agricultores, las asociaciones y fundaciones ecologistas, las empresas, los propietarios, los visitantes y todos aquellos que viven dentro del entorno de la Albufera, con el fin de que su conservación sea un objetivo común. Para ello, lo que de verdad necesita el Parque Natural es una dirección de gestión única, un órgano capaz de representar a todos y de tomar decisiones en nombre y beneficio de todos.

Este trabajo y todas las entrevistas que en él aparecen son una muestra de la disparidad de criterios, de la cantidad de puntos de vista que existen y que no siempre están todos en la misma línea. Por ello, un punto de encuentro debe ser el objetivo. El primer paso debe ser el de determinar entre todos qué Albufera queremos tener. Debemos todos entender la necesidades del Parque Natural, lo que significa y lo que supone, de la misma forma que las autoridades deben hacer lo posible por entender las necesidades de aquellas personas que tienen sus propiedades y sus casas dentro de los límites del Parque y que deben de hacer lo posible por mantener ese patrimonio de todos. Es muy triste ver cómo muchas de las construcciones agrícolas y rurales de todo el entorno del Parque se están desmoronando o ya son solo un montón de ruinas. Sea por la falta de interés de los propietarios o por la dificultad para obtener licencias de rehabilitación, o todos remamos en la misma dirección o tendremos en el futuro poco patrimonio que proteger.

Si no acometemos esos cambios puede suceder algo más grave aún y es algo que pretende dejar constancia este trabajo, no es otra cosa que el hecho de que perdamos de vista y olvidemos nuestra memoria histórica, aquello que sigue estando en la memoria de las personas que habitan el lago, nuestras más profundas raíces, aquellos valores que en esencia fundamentan nuestra forma de ser y nuestra idiosincrasia como colectivo.

El verdadero tesoro de la Albufera se encuentra en las historias que ellos cuentan, en la intrahistoria, en sus vivencias, en sus recuerdos, en una forma de ser y de entender la vida que ha superado el paso de los años para definir, de una forma rotunda y clara, nuestra forma de ser como pueblo, con una enorme lista de defectos y de errores cometidos pero con una lista todavía más larga de virtudes, de méritos, de características propias que definen, de una forma absoluta, nuestro carácter unitario y nuestra forma de ver y entender la vida.

Creo que somos unos privilegiados por poder vivir, disfrutar y observar un entorno tan espectacular como este y debemos luchar por mantenerlo y conservarlo.

Ya para terminar quisiera tener un reconocimiento a las cuarenta personas con las que he podido hablar en este trabajo. Ha sido un privilegio y un placer poder estar con ellos y conocer sus realidades. Conforman un grupo humano admirable, que se ha dejado la piel en el campo, la pesca o las actividades que han desarrollado y que sabe bien lo que cuesta ganar un jornal y salir adelante en la vida.

Si este trabajo nació con una intención, esta fue sin duda alguna, la de dejar constancia de sus testimonios, la de darles a sus vidas el valor y la importancia que de verdad tienen y no permitir que todo lo que han hecho cada uno de ellos se pierda en el olvido.

Entre esas cuarenta personas entrevistadas ya no podemos contar con algunas de ellas porque fallecieron mientras se realizaba el proceso de edición de este libro y quisiera tener con ellos un cariñoso recuerdo. Espero que este trabajo y el video que tuve la suerte de grabarles, queden como una prueba documental de todo lo que me contaron y que tanto en el libro como en internet, todos podamos ver y conocer sus recuerdos. ☒

Vidal Valle Pechuán